

José Bravo Riva

El gallo de veleta

Un autor que...

Hace unos treinta años, la ausencia del libre comercio, la falta de lo primordial, y la aparición de "cupos" que favorecían a una minoría recomendada, aconsejaron el empadronamiento por manzanas para abastecer al pueblo de los artículos indispensables y de diario consumo.

El sector urbano cuidadosamente censado tenía un distribuidor llamado "Jefe de manzana", quien se encargaba de expender los artículos de acuerdo al número de personas que conformaban una familia, anotando en una libreta especial este despacho. Cada determinado tiempo, el jefe de manzana recibía: azúcar, arroz, aceite, fósforos y otras mercancías, en cantidades que respondían exactamente a las necesidades de los pobladores de la manzana, en un cálculo de tanto por persona.

Para esta jefatura, los encargados oficiales escogieron preferentemente a los dueños de almacenes con mostradores de expendio que así facilitaban el menester de expedir o vender los artículos; primeramente se había encontrado alguna resistencia para la aceptación del cargo, pero con el tiempo y averiguadas las ventajas, la designación para el puesto fue codiciada, y hasta airadamente disputada.

El jefe de manzana señalaba un día para la venta de determinado artículo o varios, y si éste o éstos no eran recogidos ese mismo día, de acuerdo a su antojo ambicioso y sin dar cuenta a nadie, y menos a su conciencia de que un básico empadronamiento regía una correspondencia numérica entre las personas y la proporción individual de las mercancías recibidas, guardaba el artículo, negándose a toda reclamación procurada en días posteriores. De este sencillo modo, secundado por la insolencia y también por el nombre partidario, la prosperidad de sus abacerías creció, abarrotando los depósitos.

Uno de estos jefes de manzana fue el "Gallo de veleta", apodo de mejor aceptación que su nombre bautizado; propietario de una casa en la esquina del barrio de Santo Domingo, vivía estrechamente de los alquileres de una fracción de su casa; y de una menguada abacería que desde tiempo atrás atendía su esposa, mujer totalmente sometida a la autoridad conyugal.

Ahora, los tiempos habían mejorado para ellos, la nueva designación conseguida con pedimentos en material forense y con firma de letrado, hacía prosperar el negocio. El almacén antes tan pobre estaba ostensiblemente cambiado; y no se debía precisamente a las diligencias del propietario, quien no ejercía ninguna actividad conocida, si alguna tenía, esta se limitaba a tomar el sol sobre la acera de la esquina, mirando a un lado de la calle, y después al otro, observando arriba y abajo; examinando el paso y la urgencia del vecindario, preguntando e indagando oficiosamente, o apoyado en el muro del frente como puntal necesario para la sustentación de este.

Contaba -esa vez- unos setenta años, y su vida de ocio contemplativo favorecían su apariencia de tener menos edad: de mediana estatura, era corpulento y desgarbado; picado de viruelas; adolecía de un estrabismo en la mirada, que ocultaba usando permanentemente anteojos oscuros. Los vecinos nuevos, que llegando de otros lugares no conocían su antigua semblanza intrascendente, le consideraban espía, consideración natural en esa época de duda, desconfianza y abuso político, en que para vivir tranquilo y sin temor, había que pertenecer al partido gobernante; pero mucho más antes, un ocurrente observador de la infaltable exposición de sus movimientos intermitentes de acuerdo a los impulsos del viento de la curiosidad y el ocio, le había

José Bravo Riva (1923-1988), Abogado y escritor orureño, ferviente animador de concursos literarios e inquieto investigador, significa sin duda, uno de nuestros valores menos conocido por el público lector pero, muy vinculado a personas y círculos del mundo intelectual, especialmente, en Cochabamba donde vivió gran parte de su experiencia como estudiante universitario y escritor en potencia.

De retorno a su tierra natal, se dedicó a su profesión alternando con sus inquietudes de poeta, articulista y serio narrador hasta lograr importantes publicaciones en diarios y revistas y la edición de su libro "Cuentos del Pie de Gallo", en 1985.

Su inesperado deceso sin embargo, truncó la posibilidad de nuevas como importantes publicaciones que han quedado a la fecha en el incierto gabinete de la desgarradora realidad de lo que se llama "obra inédita", como aquella sobre la guerra del Chaco, en la que el autor describe todo aquello que ocurría en el campanario altiplánico de su naciencia "detrás de las grises cortinas de la contienda bélica" que desangró friamente a dos pueblos hermanos.

ALBERTO GUERRA G.



señalado con el apodo de: "Gallo de veleta", denominación aceptada por todo el barrio.

Gracias al celo arbitrario y egoísta del jefe de manzana, el negocio fue prosperando más y más. Se hablaba en el pueblo de especulación y exceso, pero el "gallo de veleta" indiferente seguía tornadizo recibiendo el sol en la esquina, mientras su mujer de la misma edad que la de él, obediente, pasiva e ignorante mujer del pueblo, vendía tras el mostrador del negocio, cada vez mejor dispuesto y dotado.

El repentino cambio de gobierno hizo variar las cosas; cesaron los cupos, y cesó también la gestión de los jefes de manzana. El "gallo de veleta" había almacenado una buena reserva; pero ahora amenazaban las denuncias y los decomisos, la declaración de la verdad de las existencias guardadas y su procedencia.

Dicen que la desgracia no viene sola, esa compañía resultó fatal para el "gallo de veleta" porque después de algún tiempo de sorprender al barrio faltando a la esquina, reapareció, apoyándose penosamente en unas muletas; con el semblante demacrado y triste, ante tan decididor y verboso, permanecía huraño y callado, rehuyendo la curiosidad del barrio que no le guardaba mucha simpatía.

Humildemente le reveló a una vecina amiga, que le aquejaba el reumatismo, y que en busca de medicina avanzada pensaba viajar al extranjero; pero el mal avanzó más que sus deseos, porque no se le vio ya sobre la acera de la esquina, y después se supo que murió.

Hereditaria de la casa y la tienda, pasiva e ignorante, confidencialmente, con el precedente enunciado de "sólo para vos", la viuda dispersó la noticia por el barrio: Habían en la tienda varios quintales de azúcar, a más de otros artículos, que negados a los vecinos fueron aumentando por la acumulación maliciosa. Cuando cesó el sistema y se conoció el peligro de las denuncias y los decomisos, el "gallo de veleta", pensó esconder el azúcar en un lugar íntimo y seguro; y guardándose -despreciativo de buscar ayudantes que podían testificar de esta existencia- él solo, fiado en sus fuerzas, procedió al traslado de la carga dulce a los fondos de la casa. Cuando levantaba la última carga, sintió un agudo dolor en la espalda, imaginó que era fatiga pasajera, tensión muscular sin importancia, pero el malestar aumentó esa noche, y después de doblegarlo un tiempo obligándole a caminar con ayuda, le postró para siempre.

Pobre "gallo de veleta", nunca más siguió la dirección de su curiosidad, ni recibió más el sol en la esquina del barrio; no murmuró ni comentó más del vecindario; murió por ocultar el azúcar hurtado al derecho de los empadronados del barrio, que después -tarde- conocieron la causa de su muerte divulgada en secreto por la indiscreta viuda.